

DEL CATOLICISMO

EN LAS

SOCIEDADES MODERNAS.

CAPITULO I.

DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

*Necesidad de una doctrina para las sociedades.—
Consecuencias de este principio.—Elementos de
la enseñanza católica.—De la revelacion.—Lo
que es esta segun la filosofia del siglo XIX.—
Confesiones de los antiguos filósofos.—De la
tradicion.—Autenticidad de los libros santos.—
Autoridad de la Iglesia.—Debilidad de la ra-
zon.—Necesidad de la fé.—Teorías filosóficas
de los siglos XVIII y XIX.—De los misterios.
—Corolarios en favor de la necesidad que tienen
las sociedades modernas de fé, de progreso, de
paz y de union.—Relaciones entre la razon y
la fé.—Alianza entre la ciencia y el catolicismo.
—Consideraciones sobre los resultados genera-
les de los diversos sistemas filosóficos antiguos
y modernos.*

VANOS serian los esfuerzos para establecer y go-
bernar una sociedad con el único ausilio del orden

exterior, de un pacto político en que se hubiera dispuesto hábilmente el equilibrio en la ponderación de los diferentes poderes. Los derechos del individuo claramente sentados y asegurados por las leyes, las artes, el comercio, las ciencias y la industria ampliamente favorecidos, no constituyen las sociedades: estas necesitan de doctrina. En ella está su fundamento, su principio vital. Como la sociedad espiritual es la condición esencial de todas las temporales, la doctrina ó el dogma es la esencial condición de la vida moral de los pueblos. De modo que podemos afirmar que siempre se ostenta más pura la moral en el seno de las naciones á proporción de la integridad de su doctrina. No son tan indiferentes como se piensa generalmente la verdad y la exactitud del dogma, ha dicho un célebre escritor contemporáneo: la salvación de los Estados, así como la de ciertos individuos, depende de ella. No hay un pueblo pagano que no haya fundado su forma social sobre dogmas; pero como estos eran inciertos, falsos ó extravagantes, el culto fué vicioso entre ellos, y su estado social de una repugnante degradación. Las tentativas que hicieron legisladores y filósofos antiguos para inventar una doctrina, han demostrado que ni los individuos, ni las naciones pueden vivir sin dogma; y sus obstinados, aunque vanos esfuerzos, servirán perpetuamente de prueba de que los dogmas no pueden ser de invención humana. El hombre no tiene facultad por sí solo para hacer é imponer

creencias. Sin entrar en la discusión de los derechos que tengan los pueblos para contraer pactos ó establecer convenios sociales, nunca se les puede conceder el de formar sociedades bajo el único imperio de actos legislativos. "Por sí solos, son impotente barrera para contener el mal, y un medio absolutamente incapaz de mejorar la multitud:" así decía el poeta, 1800 años hace, y esta vez el poeta tenía razón (1). Los sansimonianos habían concebido el proyecto de reorganizar la Europa entera por medio de la industria y mejora material de las clases pobres, y después de escandalosas discusiones aquella secta ha desaparecido. Los partidarios de Fourier quisieron también producir un sistema social. Combinar la asociación con la atracción, dividir el universo, no en familias, sino en falansterios agrícolas é industriales, divinizar la materia, sublevarse contra la doctrina moral, que es enemiga mortal de la atracción apasionada, y llamar así todos los placeres; este era su plan. Su bárbaro neologismo ha quedado sin comprenderse, y sus abstractas fórmulas sin eco. Apenas pusieron manos á la obra, cuando se vieron obligados á proclamar su impotencia. Convienen la mayor parte de nuestros filósofos indudablemente en que los pueblos necesitan una moral; pero esto no es más que la rigurosa consecuencia del dogma, y no es obligatoria para nadie, si el dogma no es divino. El hom-

(1) *Quid leges sine moribus?* Horacio.

bre no tiene seguramente derecho para mandar en la conciencia del hombre; pero esta libertad de conciencia, por la que tanto celo se muestra, á veces sin comprenderla, no es mas que la libertad de no tenerla. Multiplíquense los puntos de contacto entre el hombre y sus semejantes por los impulsos dados á la industria y por la grande popularidad de instruccion, y no se aumentarán sus vínculos. Cada uno será para sí solo en la sociedad, y el interés personal, lejos de reunir los corazones, destruirá el concierto de voluntades individuales propagando el espíritu de egoismo. Por eso las mas sábias constituciones, las mas hábiles legislaciones, como no hacen sino sentar derechos é imponer prohibiciones, siempre dejarían al hombre entregado á sí mismo en la sociedad con derechos ilusorios y deberes inciertos, en una egoista independenciam, y cercado de todos lados por otras independencias idénticas. Esta civilizacion conduciría infaliblemente al despotismo ó á la anarquía.

Necesitan las sociedades una doctrina divina, que les revele la verdad, sancione los derechos respectivos, y los sujete todo á su deber, haciéndoles oír el lenguaje de la patria celestial á que somos llamados, y donde se halla el tipo de todas las perfecciones humanas. Cuanto mas se penetren las sociedades de una doctrina divina, mas unidas estarán á su principio y á su fin, unidad perfecta, único vínculo de todas las cosas; y en la misma proporcion el hombre será mas sociable, y los pueblos mas libres y dichosos.

Tal es la doctrina católica. Al hombre le descubre sus verdaderos derechos, le anima para que cumpla su deber, y corresponde maravillosamente á todas sus necesidades. Por tanto, sería una estraña aberracion del entendimiento humano atribuirle á los descubrimientos de la inteligencia como los sistemas mas ó menos acreditados en el mundo ideal. No es obra de los hombres, sino de Dios. Es divina en su principio, en su objeto y en sus fines sublimes. "Considerados en su origen sus dogmas, decia no ha mucho una de las glorias de la Iglesia de Francia (1), nos conducen á esa larga serie de magníficas revelaciones, donde todo es digno del Espíritu Santo que las inspira, y del hombre á quien ellas ilustran. Considerados en la autoridad que nos los transmite, hallamos á Dios y á su Iglesia que los preservan del espíritu de sistema y movilidad inseparable de los proyectos humanos. Considerados en sus pruebas, se presentan apoyados, no sobre la equívoca reputacion de un novador cualquiera, ó sobre sofismas mas ó menos deslumbradores; sino sobre hechos que tienen carácter divino, sobre una sucesion no interrumpida de testimonios fidedignos que recoge y aprecia la autoridad viviente é infalible de la Iglesia. Considerando sus dogmas en sí mismos, hallamos en ellos las solas nociones dignas de la grandeza de Dios, de su providencia y de su bondad: las únicas que nos espli-

(1) El Ilustrísimo Señor Afre, arzobispo de Paris.

can el origen del mundo, su degradacion (por el orgullo) y su rehabilitacion (por la caridad).” El filósofo puede sin duda libremente admitir ó desechar el sensualismo de Condillac, las distinciones de Kant, los primeros principios de los escoceses, ó la razon absoluta del eclecticismo; pero no puede quedar á su eleccion el afirmar ó contradecir la doctrina católica si quiere quedar dentro de los límites de la verdad. Y se deriva esta diferencia de las diversas clases de verdades que cualquier hombre está precisado á admitir. Los diversos sistemas filosóficos pertenecen á un orden de verdades puramente especulativas, sobre las cuales tiene esclusivo derecho de decidir la razon humana, entre tanto que la doctrina católica pertenece á un orden de verdades sobrenaturales, de que la razon no puede constituirse juez esclusivo.

Es una cadena de verdades de fé apoyadas en hechos que descansan en la inmovilidad de la palabra eterna; hechos sobre los cuales el testimonio solo tiene derecho de fallar, y cuya historia nos conduce á los primeros monumentos de la fé cristiana. Es un magnífico conjunto de doctrinas positivas y de hechos capaces de tener accion sobre el hombre y sobre la sociedad; como juez supremo de las creencias, á su autoridad sola pertenece resolver las graves cuestiones, de cuya solucion dependen siempre la libertad de los individuos y la salvacion de los pueblos. Para todos es un deber rendirle homenaje; negarle, seria un crimen.

Consitúyente dos elementos: la palabra de Dios escrita, y la tradicion, ambas manifestadas á los hombres por la Iglesia.

Procediendo aquí solamente por via de esposicion de la verdad católica, para ocuparnos únicamente en deducir consecuencias relativas á sus copiosos medios de corresponder á las diversas necesidades de la época, no puede convenirnos, segun el plan que hemos presentado, entrar actualmente en la liza con el filosofismo. Nos reservamos juzgar mas adelante sus diversos sistemas; y como todo error lleva consigo alguna mezcla de verdad, debemos apartar el uno de la otra. No clamaremos, pues, aquí contra los filósofos del siglo XVIII, que proponiéndose por objeto sustituirse á las verdades reveladas sus pensamientos individuales, se opusieron á la universal tradicion, que á la manera de un rio magestuoso ha atravesado sin alteracion todos los siglos. Mientras que los antiguos filósofos miraban los dogmas de un Dios Criador de su providencia, de la inmortalidad del alma y otros, no como conocimientos adquiridos por el raciocinio, sino como antiguas tradiciones (1), los enciclopedistas del siglo último, negando á Dios el derecho de manifestar ningun dogma, cualquiera que pueda ser, sostienen con energia que la sola razon basta para revelarnos todo lo que nos importa conocer en orden á las creencias reli-

(1) Platon, Aristóteles, Plutarco y Ciceron.

giosas (1). Sus escritos, sazonados con la sal de la incredulidad, han caído en el olvido: admirados en los días de delirio, han muerto. La verdad desconocida ha recobrado sus derechos, y los esfuerzos de la humana inteligencia sostienen contra los deístas que las leyes de la sociedad del hombre con su Dios, lejos de deber determinarse por la razón de cada hombre, no pueden derivar más que de la voluntad soberana manifestada por la revelación.

Sin embargo, en medio de los numerosos homenajes que escogidas inteligencias rinden cada día á las antiguas bases del edificio cristiano, nuestros filósofos modernos, haciéndose los apologistas de los derechos del entendimiento humano, han intentado dar alas á la razón para elevarla sobre las altas regiones de la fé. Después de llamar á la filosofía luz de las luces y autoridad de las autoridades, el señor Cousin, cuya mayor gloria es haber introducido en la análisis de la razón una claridad y precisión desconocida antes de él, llega al punto de elevar la razón humana hasta equiparla con la razón divina, hallando perfecta identidad entre las dos, compuestas de los mismos elementos, y reuniendo por la idea de causa lo infinito y lo finito hasta confundirlos (2). Entonces la razón del hombre se identifica con la razón divina, y la verdad no viene á ser más que el fruto de los descubrimientos de los

(1) Rousseau, *Emilio*, tom. 11 y 111.

(2) Curso de 1828, lecciones 4.ª y 5.ª

hombres. El Sr Lherminier, tan hábil como erudito en la exposición de su sistema, diviniza al entendimiento humano, y se esfuerza en demostrar que este es la sola fuerza *á priori* y la razón de las cosas; y negando toda verdad absoluta, las creencias religiosas no son á sus ojos sino móviles transformaciones del entendimiento humano (1), producto único de la razón humana. El Sr. Leroux, bajo los nombres de libertad, igualdad, y perfectibilidad indefinida, pide á la sola razón humana la solución de los grandes problemas que interesan á nuestro destino; y no dando otra causa al cristianismo que la filosofía, se alza contra toda tradición de verdad sobrenatural y divina (2). Limitándonos á estas citas para que no se pueda achacar á nuestra polémica un carácter ofensivo de personalidad, sentamos como un hecho que toda la economía de la doctrina católica reposa sobre este fundamento: la revelación. ¿Quién, pues, podría disputar legítimamente su posibilidad, combatir su necesidad, y negarse á proclamar su existencia? ¿Se negarian á Dios las facultades que se conceden al hombre? Puede este comunicar sus pensamientos á sus semejantes y ¿Dios no podría? Vosotros dais oro á vuestro hermano que no lo tiene, y Dios ¿no podría darnos del seno de sus riquezas nociones demasiado elevadas para que nuestra sola razón pueda adquirirlas? En todos los siglos han estado tan conven-

(1) *Del progreso continuo*.

(2) *Filosofía del derecho*, tomo 1, p. 64.

cidos los hombres de su insuficiencia, que no se citará jamás un pueblo, que no haya creído que su religión se fundaba en la revelación divina (1). Y aunque nuestra filosofía contemporánea afirme á veces en su entusiasmo por la independencia, que bien podemos pasar sin la revelación, el género humano se empeña más en buscar en ella el punto de apoyo del sentimiento religioso. ¿Puede haber una prueba más auténtica de su necesidad?

Con justa causa nos envanecemos de nuestra razón, porque en el hombre nada hay más gravoso que el error y la ignorancia. Pero yo pregunto, la necesidad de la revelación ¿no se nos ha manifestado por la debilidad del entendimiento humano? Nuestra razón no ve *el todo* en nada, según la expresión de Montaigne. Siendo ya tan limitada aun dentro del círculo de las cosas naturales, tan ofuscada, tan frecuentemente defectuosa, que necesita muchas veces de auxilio para rectificar nuestras ideas; *á fortiori* carece de las luces suficientes para juzgar de las verdades sobrenaturales. No pudiendo comprender todos los atributos de la Divinidad y sus relaciones, ni esa sustancia que llamamos cuerpo, anima todas sus partes sin tener estension; necesita la razón humana ser ilustrada por una luz superior.

(1) Bergier, *Tratado de la relig.* tomo IV, p. 356.

Falta de este punto de apoyo, se parecería á una nave que no dominando sus movimientos, fluctuase á la ventura en las más opuestas direcciones. Todas las páginas de la historia atestiguan á las futuras generaciones que toda vez que el hombre ha menospreciado la revelación para atribuirse á sí mismo lo que pertenece á la Divinidad, jamás ha abrazado más que una vana sombra. En cuanto ha querido usurpar la prerrogativa suprema, constituyéndose árbitro soberano de las verdades y de los deberes, ha herido de muerte cuanto ha tocado: impotente para creer, solo ha tenido facultades para destruir: no ha profesado otra doctrina que la duda, ni ha esperado otro porvenir que la nada. En dos épocas ha intentado la razón del hombre determinar un culto para honrar al Ser Supremo. Sus lecciones han venido á parar en instituir innobles sacrificios en honor de Júpiter, y más adelante de una prostituta. Los filósofos con todos sus razonamientos jamás hubieran podido descubrir la compatibilidad de las perfecciones del Divino Ser, si una guía más segura no hubiese venido á enseñar á nuestra débil razón, á conciliar con la libertad la inmutabilidad divina, su perfecta unidad y su inmensidad, su infinita bondad y su justicia incesorable. Entre los de la antigüedad, Platon desconfiaba de conocer jamás el origen y el destino del hombre, á menos que no se le concediese una vía más segura que la razón, tal como una revelación divina. Y ¡qué! la fuerza de la verdad ¿no

arrancó formales confesiones á la filosofía del siglo XVIII, que gloriándose de los derechos de la razón se mostraba enemiga de toda ciencia? ¿Quién no sabe estas palabras de Bayle: Nuestra razón no sirve más que para embrollarlo todo, para hacer dudar de todo? No bien ha edificado una obra, cuando nos presenta los medios de arruinarla... El mejor uso que puede hacerse de la filosofía, es conocer que es un camino estraviado, y que debemos buscar otra guía, que es la luz revelada (1). El mismo Rousseau, tan celoso apologista de la razón, pero que nunca fué más sublime que cuando por una manifiesta contradicción habló el lenguaje de la verdad; no decía que si la religión natural (que es la razón) es insuficiente, consiste en la oscuridad con que nos deja de las grandes verdades que enseña? "A la revelación (continuaba) toca la enseñanza de estas verdades de un modo perceptible al entendimiento humano, ponerlas á su alcance, y hacérselas concebir para que las crea (2)."

Sí, indudablemente la revelación es necesaria, tanto para hacer más claro, cierto, común, eficaz y uniforme el conocimiento de la verdad, como para que sirva de vínculo en la sociedad. Por estensas que puedan ser nuestras facultades, á menos que no las fecunde un principio generador, siempre adolecerían de esterilidad; porque no ofrecen medio alguno para disipar nuestros errores, ó poner

(1) *Dic. cit.* art. *Bunel* p. 740.

(2) *Emilio*, tom. III, pag. 750.

fin á nuestras dudas, y la sociedad presentaría la triste imágen del estado salvaje. Caería en el anonadamiento moral, en que se hallara si el ser que dió al hombre la existencia física, nada hubiese hecho á su favor en el órden espiritual, que constituye toda su dignidad. Es menester conocerle, así como en el régimen del pensamiento se forma el nudo del órden material, así en las más altas regiones de la inteligencia divina se forma el nudo del órden moral. A no elevarse hasta ella, luz increada de la que dependen todas las demás, no puede existir ninguna ley común entre los hombres; porque el pensamiento humano no presenta ninguno de los caracteres de la verdad absoluta, nada de cierto, de sagrado, ni de obligatorio. Esta verdad de hecho que testifica el origen de todos los conocimientos y la preexistencia de las doctrinas, es la prueba más irrefragable de la necesidad de una revelación divina. No es factible otra cosa que una irremediable anarquía en el mundo intelectual si no reconoce la existencia de un conjunto de verdades, que toman prestada de la razón divina una autoridad, ante la que deben inclinarse todas las razones humanas. La revelación todo lo robustece haciéndonos considerar á Dios como el principio de todos los seres, y colocándole al frente de todas las verdades y de todas las leyes. El negar la revelación, sería lo mismo que arrancar la clave en la bóveda para edificar sobre vastas ruinas.

Demostrada su necesidad, arrastra en pos de sí

nuestros votos en favor de su existencia. ¿Quién podría engañarse hasta el punto de no reconocer que si el entendimiento humano ha tenido el privilegio de ser ilustrado de un modo especial, es porque la divinidad ha reflectido en nosotros su resplandor, como el astro del día sobre el que dirige la noche. La revelación ha tenido sus gradaciones. La vemos principiar en la infancia del género humano, cuando el amor infinito anudaba á la esperanza de la redención el vínculo de las dos sociedades de los tiempos y de la eternidad, roto por su culpa. Allí servía, para hablar el lenguaje de un ilustre escritor de nuestra época, de andrajales del edificio sobrenatural cuyo cimiento debía sentar un día en las profundidades de la muerte el sacrificio del Hijo de Dios. Testigos somos de sus progresos en los tiempos patriarcales, de Moisés y de los profetas. La vemos ligando por medio de sus instituciones la milagrosa serie de sus anales y los principios de la sociedad humana á sus futuros adelantamientos. Llegó á su perfección en tiempo de Jesucristo: recordándonos el misterio de la caída del primer hombre por el de su rehabilitación, fué con respecto á la que habia ilustrado al mundo naciente, como los resplandores del sol respecto de los primeros albores que aclaran el horizonte. A este rayo de inteligencia infinita que brilla sobre las nuestras estrechas y limitadas, debemos el atravesar el camino de la luz por donde hemos de dirigimos por una ascension incesante para descu-

brir las verdades que constituyen el estado normal y progresivo de la sociedad.

La sola revelación auténtica, admitida por la doctrina católica, es la contenida en la tradición y en las Santas Escrituras. No creemos hallarnos en la triste necesidad de combatir los sofismas de la escuela de Voltaire contra la cadena no interrumpida de la tradición y la veracidad de los libros santos. En cuanto el hombre renuncia la autoridad de la tradición, es conducido forzosamente á divinizar su razón, proclamándola infalible, soberana é infinita, ó á tomar el ancho camino del escepticismo; porque hallándose reducidas para él todas las causas de certidumbre á la evidencia y al raciocinio, y no pudiendo ni una ni otro servir de base á las verdades que realmente son superiores á la razón, se sigue que no podría tener ningún motivo para admitirlas, á no ser que levante su propia razón á la altura de los cielos. Tal es la consecuencia lógica que no han podido eludir la mayor parte de los filósofos de nuestra época.

El que tratase de poner en duda la autenticidad de los libros santos, no puede admitir la de ningún libro profano. Aquellos reúnen en su favor todas las pruebas históricas de la crítica mas severa y en el mas alto grado que pueda escibirse. Si fuese obra de los hombres, se hallaria en algunas partes el sello necesario del entendimiento humano, y le hubieran denunciado los enemigos de la fé. No hay obra ninguna que por la sublimidad y variedad

de sus objetos dejase al hombre menos facultad de ocultar lo limitado de su ingenio: ninguna otra hay, cuyos errores se hubieran descubierto mas fácilmente, porque no existe otra que haya hallado mas contradictores. Con todo, los mas antiguos documentos nos demuestran que los libros sagrados han sido admitidos en todo el mundo como inspirados, en Oriente y Occidente, por ortodoxos y por hereges. Al grado de adelantamiento á que han llegado las ciencias, se ven precisadas ó á declararse incompetentes en las dificultades que habian suscitado contra ellos, ó á adherirse á la solución que dan á aquellos estos divinos monumentos de la revelación. El ilustre Cuvier, que tuvo la gloria de iniciarnos con tanto esplendor en la doctrina de los orígenes de nuestro globo y de la generación de los seres, señaló la exactitud de la cosmogonía escrita por Moisés. En su discurso sobre las revoluciones del globo, decia: "Moisés nos ha dejado una cosmogonía, cuya exactitud se verifica cada dia de un modo admirable. Las recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente con el Génesis sobre el orden con que sucesivamente fueron creados los seres organizados."

Observemos, sin embargo, que el Génesis es entre todos los libros santos el que ha encontrado mayor oposicion. Y con todo, á medida que la geología ensancha su esfera con algunos recientes descubrimientos, la conformidad tan importante, indicada en otro tiempo por Cuvier, crece progresivamente.

El Sr. Marcelo de Serres, su digno émulo, acaba de demostrar con sus preciosas investigaciones que los últimos descubrimientos de la ciencia concuerdan con la doctrina del libro mas antiguo y precioso que nos han legado los siglos. Este autor, cuyo talento no puede oscurecerse á pesar de su modestia, demuestra que el Génesis, ese libro designado por la fé para ser venerado por todos los pueblos, y que ha sido tantas veces impugnado, encierra maravillosas verdades. Treinta y cinco siglos ha que un hombre que no habia sondeado la profundidad de la tierra para buscar la explicación de lo pasado, contaba en un lenguaje admirable la historia de la creación. Moisés escribía su cosmogonía. ¿Cómo pudo conocer lo que han confirmado los últimos esfuerzos de la ciencia, auxiliada por la revelación? Esto no puede explicarse sino por la fé.

No, los libros santos no llevan marcado ninguno de los caracteres de la razón humana, y antes contienen los caracteres visibles de la razón divina. ¿En dónde si no se hallan toques tan sublimes de naturalidad y de ternura? ¿Qué relaciones desapercibidas entre los hechos y el estilo! El soplo de la inspiración se percibe hasta en las formas que ha tomado el pensamiento de Dios. A los que tengan la temeridad de sospechar de su autenticidad, nos bastaria oponer la apología que arrancó en otro tiempo á un corifeo de la filosofía la fuerza de la verdad. "Yo confieso á V. (decia Rousseau) que

la magestad de las Escrituras me asombra: la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa: ¡qué pequeños son, comparados con aquel! ¡Es posible que un libro tan sublime y sencillo á un tiempo sea obra humana? ¡Diremos que se inventó la historia del Evangelio por capricho? No, amigo mio, esas cosas no se inventan: los hechos de Sócrates, de que nadie duda, son menos auténticos que los de Jesucristo. En la sustancia, no es mas que alejar la dificultad sin resolverla: mas inconcebible seria que muchos hombres de conformidad hubieran compuesto este libro, que no el que uno solo haya dado materia para él. Los autores judíos no hubieran hallado jamas ese tono ni esa moral: y el Evangelio tiene unos caracteres de verdad tan grandes, tan patentes, tan completamente inimitables, que su inventor seria mas asombroso que el héroe." La lengua divina, que hablan los libros santos, ofrece esperanzas á la angustia y bálsamo para la herida. Oimos una voz enérgica y afectuosa, consoladora y terrible, imponente y familiar, que anuncia paz, gracia, verdad y misericordia. Poseemos estos libros sin alteracion, por mas que diga el Sr. Jouffroy, que parece que no rinde homenaje á la verdad del dogma antiguo mas que para acusar á los siglos posteriores de haber perdido su inteligencia; y que no viendo en el cristianismo mas que una institucion degradada, absurda y corruptora, profetiza que se levantará un nuevo dogma sobre las

ruinas del antiguo (1). Propio era de la providencia de Dios conservarnos en toda su pureza estos manantiales abundantes en luces y virtudes; y la Iglesia, aunque solamente se la considerase como sociedad humana, forma el mas seguro testimonio que pueda revindicar la verdad histórica, en favor de la integridad de aquellos. Ella es la autoridad visible que el Hombre Dios instituyó al dejar la tierra para conservar intacto el cuerpo de doctrina revelada y enseñarla á los pueblos en toda su pureza. Ella es el foco de la luz y de la vida. Queriendo nosotros permanecer fieles al plan de simple esposicion que nos hemos propuesto, no podemos dedicarnos aquí á esplicar las sólidas pruebas en que descansa. Nos contentaremos con observar que si Dios no hubiera instituido entre los hombres una autoridad con su divina asistencia, infalible en su doctrina, la verdad revelada se hubiera alterado muy pronto por las pasiones humanas, y por tanto inutilizándose el beneficio de la revelacion. Por otra parte, admitir la revelacion que fija la creencia y arregla los deberes, y resistirse á reconocer una potestad intelectual, establecida para hacer seguramente discernir al hombre la verdad revelada de las opiniones humanas, seria una hipótesis tan poco digna de la Divinidad, como poco adecuada á la naturaleza y necesidades de la humanidad. Por ella está Dios siempre presente á todos los pueblos,

(1) *Miscelaneas filosóficas*, art. int.: *cómo concluyen los dogmas.*

comunicándose á los hombres por su conducto. Sus pensamientos nos llegan por medio de la enseñanza exterior, que no siendo mas que su vehículo, está indispensablemente unida á ellos. Todo el mundo sabe que la razon es lenta en sus progresos, y desde luego todos están obligados á admitir que necesita una autoridad para acelerar los resultados de las investigaciones individuales. A cada paso la razon tropieza con dificultades insolubles; luego le era indispensable una autoridad para disipar sus dudas: siendo caprichosa y muchas veces hasta extravagante, no puede pasar sin una autoridad que la contuviera en los límites de la verdad. Intentar que la razon individual se constituya árbitro esclusivo de las verdades reveladas, seria dejar á cada uno el derecho de oponer una razon á otra, y un testimonio á otro testimonio, confundir el sí y el no, admitir tantos símbolos como individuos, privar al hombre de todo auxilio para defenderse de las seducciones del entendimiento y las pasiones del corazón; denegar todo medio fijo de hallar la verdad en medio de las divagaciones del espíritu humano, y quebrar todo vínculo religioso y social. En lo mas elevado del cielo, donde la mano de la Religión anuda el lazo de la sociedad humana, fué donde la idolatría estableció el principio de una deplorable division. El derecho que atribuía á cada pueblo de formar sus dioses, cada familia, cada hombre le podia reclamar. De este modo, no solo rompió el vínculo de la sociedad general de los

pueblos, sino que destruyó tambien en el seno de cada nacion las condiciones del órden social. La sociedad pagana se estaba muriendo de consuncion, cuando vino Cristo á restituir la vida á la humanidad con su divino soplo. Las Santas Escrituras bajaron sin duda de Dios á los hombres para enseñarles el camino que debe conducirlos en esta vida de pruebas: con todo, el principio comun de todas las heregias que las entrega á la interpretacion de la razon individual, ha destruido toda fé comun y cierta entre ellas, y abierto un abismo, en que ha ido á desaparecer la magestuosa reunion de las verdades reveladas. Entonces llegó el entendimiento humano á la incertidumbre de toda doctrina, y cayó en las tinieblas del escepticismo, y en tanto que la razon, proclamándose soberana, se deslumbraba con su triunfo, se le ocultaba la solucion de las cuestiones morales, y el pensamiento social, privado de guia, erraba á la ventura en el campo de las ilusiones. “Es imposible, dice Montaigne (1), probar nada de la naturaleza inmortal, con la mortal: no hace mas que descarriarse en todas direcciones; pero especialmente cuando se mezcla en las cosas divinas; porque aunque le hayamos dado principios ciertos ó infalibles, ó iluminemos sus ojos con la antorcha santa de la verdad que Dios se ha servido comunicarnos, vemos con todo diariamente, á poco que ella se desvie de la senda ordinaria, y que se vuelva ó aparte del camino trazado ó abierto por

(2) *Essays* de Montaigne. lib. II, cap. 2.

la Iglesia, que al instante se pierde, se halla embrollada y entorpecida, rodea y fluctúa en este mar ancho, agitado y ondulante de las humanas opiniones sin freno y sin objeto. Al punto que pierde el camino real y comun, va dividiéndose y dispersándose en mil sendas distintas."

Así como para el sosten de toda institucion política una legislacion escrita, cuyos artículos componen las ruedas de toda la máquina, está sujeta en último recurso á un tribunal soberano que reforma las sentencias de los inferiores, decidiendo por la verdadera aplicacion de las leyes que gobiernan la sociedad civil; del mismo modo la sociedad religiosa no puede conocer el verdadero sentido de las Escrituras sino por el conducto de la autoridad espiritual, á quien Jesucristo dijo: "Id, enseñad á todas las naciones: yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Esta autoridad reside en la Iglesia católica. Todas las potestades son incapaces de derribarla. Su voz es el intérprete de los pensamientos de Dios: sus juicios irreformables y sus decretos sin apelacion, completan los diversos elementos que constituyen la doctrina católica. Cuando aparecen sin cesar en el horizonte signos amenazadores, y se debilita la vista de contemplar lo movedido del terreno que tiembla bajo nuestros piés, ¡cuán dulce es dedicarse á leer á la luz de las mas antiguas tradiciones, el destino futuro de los pueblos en los acontecimientos consumados, y á buscar en la infalible autoridad

de la Iglesia, un puerto saludable, en que no se corre riesgo alguno!

Ella es realmente la maestra del mundo y la bienhechora del género humano: sus dogmas, su moral y sus instituciones, están en perfecta armonía con la naturaleza física y social del hombre: su doctrina corresponde maravillosamente á las necesidades que con tanta energía se descubren en las sociedades modernas.

Nacemos todos con el deseo de conocer, y el ansia de saber es una de las pasiones mas ardientes de nuestra naturaleza. Sin embargo, nuestras facultades intelectuales se cansan; y en vez de la verdad, que el entendimiento humano busca, abraza por lo regular un error. Es cierto que el hombre es el primero de los seres sensitivos; pero es el último de los que piensan. Aunque destinado para vivir de inteligencia, está sujeto al yugo ilegítimo de los apetitos sensuales. Dominado por sus pasiones, no solo no descubre los secretos de la naturaleza, sino que ni aun se conoce á sí mismo: á veces hasta desconoce al Dios que tan eminente le crió. Después de muchas tareas y largas vigiliass se le oye el *no sé* del escepticismo: no afirma, ni niega, duda de todo, vacila en todo. Al modo que el viagero extraviado que habiendo perdido de vista el término á que se dirigia, flaquea á fuerza de tanto vagar, y abatido por la fatiga se sienta á la sombra de un árbol sin saber de dónde viene ni á dónde va, el hombre en ciertos periodos de su vida, olvi-

dato de los felices recuerdos que protegieron su infancia, y de las involuntarias impresiones que enderezan á veces su pensamiento hácia Dios, viene frecuentísimamente á parar en un estado de suspensión negativa despues de una marcha forzada por los senderos del error: alaba, admira, echa menos; pero en creer: tan cierto es que las opiniones humanas adolecen de incertidumbre y de oscuridad. Necesitan los individuos, lo mismo que la multitud, del fañal que desde lo alto del cielo alumbraba á la inteligencia errante en las tinieblas ó sentada á la sombra de la muerte. Necesitan, no un fundamento débil y ruinoso, tal como la opinion que puede fallar ó no ecsistir, sino uno firme é inmovible que no puede hundirse, como la fé divina. Esta es la raíz del árbol sagrado plantado por la mano del mismo Dios, regado con la sangre de Jesucristo su Hijo, y siempre floreciente en el seno de la Iglesia católica.

El siglo XVIII tuvo un objeto manifiesto en las tareas de su llamada filosofía. Los racionalistas de entonces decian claramente que era menester sustituir la razon á la fé que llamaban instinto: que aquella era superior á esta en cuanto la inteligencia es mas alta que la sensacion. Calumniosa era esta manifestacion, pero franca. Por haber reputado las formas duras de su antecesor, no ha desechado el siglo XIX el fondo de su doctrina. Los racionalistas de nuestra época, con la capa del eclecticismo, parece que tratan de acercar á lo me-

nos con recuerdos los dos campos que en efecto quieren mantener enteramente separados: la filosofía y la teología, la razon y la fé. Heredaron de sus maestros la libertad de raciocinar sin creer; y no hacen ningun caso ni de las verdades reveladas ni de la autoridad de la Iglesia. Afirman que el contenido de la filosofía es el mismo que el contenido de la teología, y que la humana conciencia, que es el fondo comun de ellas, se descubre tanto en forma de imágenes, cuanto en la intelectual ó de raciocinio: que en el caso en que torciéndose el primer camino se estraviase, se encargaria el segundo de enderezarle y de traerle á los límites de la verdad. En otros términos, la razon humana es á sus ojos superior á la fé é igual á la razon divina.

No es aquí el lugar ni la ocasion de refutar esta teoría filosófica. Sin embargo, debemos notar, para deducir consecuencias relativas á nuestro intento, que el contenido de la filosofía no puede ser el mismo que el de la teología, porque esta revela á la conciencia humana muy diferentes verdades que las que entran en el dominio de aquella; la trinidad de las Personas en la unidad de la naturaleza divina, la encarnacion del Verbo, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el pecado original del hombre y su rehabilitacion, y otras muchas verdades, que sin contradecir á la razon, esceden sus alcances nada menos que en toda la infinidad de Dios. Así la filosofía (damos á esta voz la acepcion con que ordinariamente se designan los diversos